

El Fascismo

Alain de Benoist

Se han propuesto innumerables definiciones del fascismo. La más simple es todavía la mejor: el fascismo es una forma política revolucionaria, caracterizada por la fusión de tres elementos principales: un nacionalismo de tipo jacobino, un socialismo no democrático y el llamado autoritario a la movilización de las masas.

En tanto que ideología, el fascismo nace de una reorientación del socialismo en un sentido hostil al materialismo y al internacionalismo. Dirigiéndose a un electorado mayoritariamente de derecha, él ha tenido a menudo por promotores a hombres de la izquierda. Ni el racismo ni el antisemitismo le son consustanciales (Zeev Sternhell). En sus encarnaciones concretas, ha sido modelado por los acontecimientos históricos de comienzos del siglo XX (Primera Guerra mundial, revolución soviética), por el cuadro general de la época (modernización de la sociedad global) y por la naturaleza de su electorado (esencialmente las clases medias, a veces con un componente proletario).

La experiencia de las trincheras junto al desencanto por la técnica, ha escrito muy bien Jünger, ha marcado un corte fundamental. Durante la Primera Guerra mundial la sociedad pareció escindirse en dos grupos: los combatientes y los otros. Regresados del frente, los primeros han tenido el sentimiento de haber conquistado derechos sobre aquellos otros que no habían luchado. Los combatientes han creído en una sociedad donde las virtudes de la guerra (coraje, espíritu de camaradería, disponibilidad permanente) reinarían también en tiempos de paz. La retórica patriótica, cuando ella se desarrollaba sobre el fondo de la lucha de clases, no podría ser sino una ilusión tramposa.

Después de la Gran Guerra se vio, por primera vez, coincidir la exaltación nacionalista y la desaparición (relativa) de las diferencias sociales. En fin, es también con la Primera Guerra mundial que el espíritu antidemocrático "cesa de buscar sus principales apoyos en el pasado"(Georges Valois). Mezcla explosiva. La revolución bolchevique, en el mismo tiempo, muestra que un movimiento revolucionario puede llegar al poder movilizando a las masas. Ella introduce la idea del hombre nuevo e impone un modelo de compromiso político de tipo sacerdotal. Un apostolado político. Las formas tomadas por el fascismo para conjurar la amenaza del comunismo serán a menudo formas miméticas: ellas imitaron tanto más a las del adversario de lo que pudieron eficazmente combatirlo (Ernst Nolte).

Detrás de un discurso a veces tradicionalista, entendido como arcaizante, el fascismo ha sido fundamentalmente modernista: él ha alentado y sostenido todos los desarrollos de la ciencia y de la industria, ha favorecido la tecnocracia naciente, ha contribuido a la racionalización de la economía y a la institucionalización del Estado-Providencia. En la medida en que él vislumbraba la abolición de las clases sociales del siglo XIX, y que, por otra parte, él había portado una voluntad de poder que no podía desdeñar ninguno de los útiles puestos a su disposición por la tecnociencia, él no podría actuar de otra manera. Como Adorno y Horkheimer lo habían ya

observado en las vísperas de la Segunda Guerra mundial, el fascismo, el comunismo y el New Deal han representado diferentes versiones de un proyecto de reconstrucción social donde el Estado estaba llamado a jugar una función principal en la racionalización de la economía y en la reconfiguración de las relaciones sociales.

El fascismo se apoya en el fondo sobre la trilogía moderna: Estado-Pueblo-Nación. Todo su esfuerzo está dirigido a hacer sinónimos estos tres términos, que se separan hoy en día. Nacido sobre el signo del Fascio, el fascismo antes que nada se le ha querido parecer. Así ha querido reunir las clases sociales y las familias políticas en otra época opuestas para consolidar la unidad de la nación. Esta fue a la vez su fuerza y su debilidad. Obsesionado por la unidad, ha sido centralizador.

Pretendiendo conjugar el espectro de la guerra civil, él ha engendrado odios absolutos, dejando como herencia fracturas inarreglables. Su jacobinismo, su nacionalismo subjetivo, es fuente de todos sus fracasos: quien tiende a la unidad excluye necesariamente a aquel que no se deja conducir a la unidad.

Ese espíritu de comunidad, que ha marcado profundamente al fascismo, no le permite caracterizarlo como propio. El no ha dado sino una versión particular. En el fascismo, la idea de comunidad está viciada por la convicción de que aquella deber ser animada y dirigida a partir de lo alto, en una perspectiva estatista, mientras que un verdadero espíritu comunitario es incompatible con el estatismo.

El siglo XX ha sido sin duda el siglo de los fascismos y de los comunismos. El fascismo nació de la guerra y murió en la guerra. El comunismo nació de una explosión política y social y murió de una implosión política y social. No pudo haber fascismo sino en un estadio dado del proceso de modernización y de industrialización, estadio que pertenece hoy al pasado, al menos en los países de Europa occidental. El tiempo del fascismo y del comunismo está acabado.

En Europa del Oeste todo "fascismo" no puede ser hoy sino una parodia. Y lo mismo ocurre con el "antifascismo" residual, que responde a este fantasma con palabras aún más anacrónicas. Es porque el tiempo de los fascismos ha pasado que hoy es posible hablar de él sin indignación moral ni complacencia nostálgica, como una de las páginas centrales de la historia del siglo que acaba de terminar.